

de los Lippi, cuyo agradecimiento se dilatará tanto casi como vuestra gloria. Tanto favor aguardo de vuestra inagotable bondad, y queda pidiendo á Dios que prospere sus días y engrandezca su autoridad y su poder.

Suyo devotísimo,

FRA FILIPPO LIPPI.»

Y Lorenzo de Médicis, á quien esta carta complació por extremo, contestóle agradecidísimo y rendido en los siguientes términos, sobre los cuales excusa el historiador llamar la ilustrada atención de sus lectores:

Lorenzo de Médicis á Fra Filippo Lippi.

«Tus cartas recibí, las noticias dadas en ellas supe; y como el bien anda por la tierra tan mezclado con el mal y la risa con el dolor, entristecíme de tus peligros y holguéme de tus aventuras, sintiendo las emociones propias de mi amistad: que no son para olvidados aquellos días de nuestras mocedades en los cuales pintabas á brazo partido las estancias de mi palacio y hablábamos á roso y velloso de amores y de artes. Reprobé el rapto por creerlo indigno de un caballero; asentí á la emigración, por juzgarla conducente á excusarnos de la necesidad de castigarte; deploré el cautiverio por figurármelo como privación eterna de artista tan famoso; reí de las aventuras sucedidas, tanto en la mazmorra como en el patíbulo, por encontrarlas en armonía con tu extraño natural; y bendije al cielo de haberte arrancado á esos peligros de muerte, sacándote con tanta fortuna por la puerta mas digna de tu alteza, por la puerta cincelada del templo que habitas con derecho propio, por la puerta del templo de la gloria. Ahora, aquí para inter nos, y sin que podamos autorizarte á leer en voz alta, ni mucho menos á comunicar á nadie esta parte de nuestra epístola, dígame que todo cuanto has hecho nos ha caído en gracia, por aquello de que la inspiración es una enfermedad, el genio un enfermo, y algo debe tolerarse á quien no puede encantar á los demás sin padecer él mismo extraños y generales padecimientos. La naturaleza nuestra, al fin y al cabo, no está de tantas excelencias dotada que pueda hacer todas las cosas perfectas. Los privilegiados resultan bien pocos, y no siempre en posesión plenísima de sus privilegios. Y por imposible tengo que pudieras sentir el color con tanta viveza, trazar la línea con tanta seguridad, traer á la vida esas celestiales figuras con tanta magia, y luego exentarte de la fuerza impulsora por excelencia, del fecundo y necesario amor. Aunque la cabeza te rompiera en mil pedazos buscando la definición mas apropiada á esta pasión creadora, no podrías encontrar ninguna como «un verdadero apetito de belleza.» Y tú, que apetece el reproducir la belleza de una luz espléndida, de un bosque florido, de un cielo estrellado, de un ángel que baja á la tierra á traer revelaciones del cielo ó

que sube al cielo á llevar plegarias de la tierra, tú no podías menos que apetece con verdadero apetito, con deseo ardiente, la mas bella y acabada de todas cuantas bellezas pueden soñarse, la belleza de la mujer. En ese amor á lo perfecto se encuentra una parte del martirio que sufrimos en la vida y otra parte de la bienaventuranza á que aspiramos en la eternidad. Así lo dije mil veces, tú lo recuerdas, y lo repito ahora: el verdadero amante ama á una sola persona y la ama para siempre. Después de haber libado tantas flores, has preferido una, por haber encontrado en ella, con las perfecciones que recrean los sentidos y complacen, sobre todo, á la vista, aquellas otras de excelencia en el ingenio, compostura en los modales, pureza en la palabra, constancia en los afectos, fidelidad á los juramentos que por pertenecer propiamente á la naturaleza del alma, tienen su misma espiritual esencia y su misma eterna duración. Y es tan cierto esto, que quien ama profundamente á una sola mujer, ama una sola alma, y amando una sola alma se aparta de todas las voluptuosidades groseras que pueden manchar su amor, y se absorbe en la contemplación pura como suele absorberse la idea en los divinos arquetipos. Nada mas natural que el deseo vehemente de unirse á la persona amada. Así como el éter derramado en todos los espacios es mas vivo en los soles, el deseo derramado en todos los seres ¡ay! es mas vivo, pero mucho mas vivo en los artistas. Huélgome, pues, de que sientas con tal viveza el amor y aspire á satisfacerlo. Yo de mí sé decir que lo canto ahora en mis versos con preferencia á todas las humanas pasiones. Murió hace algun tiempo en Florencia, estando tú por esos mundos, una jóven que llamarse debiera perfecta y acabado modelo de mujer, tanto por su hermosura corporal, como por las escogidas partes de su incorpóreo espíritu. Baste decir que todos los hombres la amaban sin celos y todas las mujeres la alababan sin envidias. Y la llevaron á enterrar con la cara descubierta, siguiéndola nosotros doloridos de no haber apreciado en toda su extensión tantas perfecciones hasta después de traspuesto su ocaso. Una noche, poco después del entierro, paseábamos varios amigos por el campo, cuando vimos brillar en el cielo una estrella cuyos resplandores, difundiendo hacia Occidente, ofuscaban todas las demás luminarias del Empíreo; virtud que no pudimos atribuir sino á ser nueva y nunca vista en nuestros horizontes tal estrella, y á llevar en su lumbre el espíritu casi divino de la infeliz malograda. Y absorbo en tal contemplación asaltábanme deseos de perderme en el cielo, de llegar con las manos hasta el centelleo que miraba con los ojos, de abrazarme en aquella lumbre, apartándome de esta tierra como se aparta la nube de incienso en el templo por medio de sus vagas espirales y como se aparta la esencia de las flores en el cielo por medio de sus embriagadores aromas. Seguía todas las noches la estrella con mi pensamiento, mirábala con mis ojos, tendíale mis brazos en tal manera, que el deseo mio se asemejaba al girasol, vuelto

siempre hacía el astro del día. Creí ya que mi destino era no amar hasta despues de la muerte, cuando encontré en las vías de mi existencia, y en medio de las fiestas florentinas, una mujer que excedía en gracias á la muerta: tantas eran las ventajas de su cuerpo y de su ingenio. Grave sin soberbia, dulce sin empalago, móvil sin aturdimiento, digna sin imperio; de facciones tan correctas, que se dirían dibujadas por un pintor milagroso; de tez tan rosada, que nunca degeneraba en roja y encendida; las manos pequeñas y los ojos grandes, los piés breves y la cabellera larga, ancha la frente y estrecha la cintura, espaciosos los hombros y diminutos los labios; el decir conciso, el pensar profundo, el idear claro, el sentir ardiente; ¡ah! en su presencia la muerta solo debía considerarse como una de esas estrellas cuyos rayos de oro preceden á la claridad del día. Canto yo por amor y tú por amor pintas: que así cumpliremos uno y otro nuestro destino comun sobre la tierra. Y vamos seguidamente al ruego que me diriges. Necesitas de pontificia bula que te habilite para tu casamiento. Ahí van las cartas necesarias. Creo que con ellas te abrirás las puertas del Vaticano y llegarás derechamente hasta el corazón de nuestro sumo Pontífice. Mas no olvides una advertencia que juzgo indispensable recordar á tu modestia. Quien se llama Filippo Lippi y tiene las obras maestras que tú tienes, y mueve los sultanes con su arte como tú has movido al Sultán de Túnez, y puede ofrecer regalos tan valiosos como sus cuadros, antes que en los recursos de la ajena protección, debe fiar en las virtudes de su propio genio. Deséate de todas suertes un éxito completo y una felicidad perdurable tu antiguo y fiel amigo

LORENZO DE MÉDICIS.»

En cuanto Lippi recibió sus cartas, marchóse de Nápoles á Roma en demanda de su bula, sostenido por la fé en la propia estrella y la confianza en el valioso protector.

CAPITULO XVII.

Un misterio en la Edad Media.

Era la mañana del Sábado Santo en Roma. La gran plaza, en cuyos espacios se extiende la Basílica de Letran, estallaba henchida toda ella de gente, que acudiera desde la noche anterior á presenciar lo que entónces se decía un misterio religioso y ahora un drama sacro. Aquel sitio de tanta majestad, cuando se encuentra solitario y abandonado, donde los monumentos religiosos contrastan con las ruinas antiguas, desierto poblado de esparcidos fragmentos, como campo de batalla en que hubieran peleado los siglos, perdió toda su austeridad nativa, ocupado por palacios, por tribunas, por graderías, por tablados, apenas suficientes á sostener innumerable muchedumbre, y decorados de bien varias y distintas maneras con ese primor pintoresco que caracteriza á los pueblos meridionales. Contábanse entre los tablados muchas categorías, y entre las categorías algunas tan brillantes, que denotaban verdaderos principados, segun la riqueza y variedad de los adornos. Alfombras de mil colores, tapices de mil realces, banderolas mecidas por el viento, brocados de vistosísimos ramajes, albergaban á damas y caballeros romanos, desceñidos ya de sus lutos de Viérnes Santo y ornados con las vestiduras de Pascua. Mas léjos y mas bajo veíanse multitud de graderías decoradas con menos brillo, pero no con menos gusto, sobre cuyos escalones pesaba un pueblo jadeante de curiosidad y henchido de entusiasmo. Todas las miradas se dirijian á una especie de escenario en que iba á representarse el drama de la Resurrección de Cristo, así que las campanas de San Juan de Letran anunciasen el cántico de gloria y repitien-